

COLECCIÓN
TATA KUÁ

SÉ QUE PASÓ DE ESTA MANERA

CINCO CUENTOS
PÓSTUMOS

•

JANET FRAME

TRADUCCIÓN COORDINADA POR
MARÍA FLORENCIA CARBONE ZÁRATE
PAOLA D'ANGELO

EDICIÓN AL CUIDADO DE
SUSANA IBÁÑEZ



VERA editorial cartonera

**SÉ QUE PASÓ
DE ESTA MANERA
CINCO CUENTOS
PÓSTUMOS**



COLECCIÓN
TATAKUÁ

**SÉ QUE PASÓ
DE ESTA MANERA
CINCO CUENTOS
PÓSTUMOS**

•
JANET FRAME

TRADUCCIÓN COORDINADA POR
MARÍA FLORENCIA CARBONE ZÁRATE
Y PAOLA D'ANGELO

EDICIÓN AL CUIDADO DE
SUSANA IBÁÑEZ



VERA editorial cartonera

CASI UN MILAGRO

•
SUSANA IBÁÑEZ

Janet Frame fue una escritora neozelandesa que logró trascender las fronteras de un país insular siendo una mujer de recursos escasos y con un historial de salud mental que habría doblegado fácilmente la voluntad de muchos. En otras palabras, su literatura es casi un milagro.

Nacida en 1924 en Dunedin, a Frame se la conoce no solo por su obra —novelas, cuentos, poesía, literatura para jóvenes y autobiografía— sino por su trágica historia personal de internaciones psiquiátricas. Su padre trabajaba en el ferrocarril y su madre era mucama en la casa de la familia de Katherine Mansfield. Aunque su deseo era ser escritora, estudió para ser maestra y, a pocos días de graduarse, intentó quitarse la vida. A partir de ese momento, su juventud transcurrió entre internaciones voluntarias y forzadas, un diagnóstico erróneo de esquizofrenia y períodos de mejoría.

En 1951 estaba internada en el Seacliff Lunatic Asylum cuando su primer libro de cuentos, *La laguna*, recibió un importante premio nacional. Este reconocimiento llevó a la cancelación de una lobotomía prevista para pocos días después. Cuatro años más tarde logró el alta, escribió su primera novela —*Las lechuzas lloran*— en una cabaña que le prestó el escritor Frank Sargenson y después se instaló en Europa, donde se cambió el nombre para que no pudieran encontrarla y escribió con tranquilidad durante siete años. Su

obra cobró interés académico hacia fines de la década del setenta y su historia se hizo mundialmente conocida en 1990 con la película *Un ángel a mi mesa*, dirigida por Jane Campion y basada en su autobiografía homónima.

Recibió innumerables premios y reconocimientos, entre ellos la Orden de Nueva Zelanda. Se la tradujo al español y sus libros fueron publicados en España y en México, pero han tenido poca circulación en Argentina. Después de su muerte en 2004, se reunieron cuentos que no habían sido antologados y otros que ella deseaba dar a conocer de manera póstuma y se publicó *Gorse Is Not People* (Auckland, Penguin, 2012), titulado en Estados Unidos *Between My Father and the King* (Berkeley, Counterpoint). Los cuentos de ese volumen no habían sido traducidos al español hasta hoy.

Mediante esta publicación buscamos dar acceso libre a una selección de cuentos de ese libro póstumo. Incluimos aquí cinco de estos relatos: «Entre mi padre y el Rey», «El ciruelo y la hamaca», «El custodio de la llama», «La visita nocturna» y «Gavin Highly», este último publicado en *The New Yorker* en 2010. El título que elegimos para este libro alude a una de las características de estos textos: los narradores dan testimonio de hechos que vieron y de otros que no vieron pero que, aseguran, tienen que haber ocurrido así.

Las traducciones son el producto de un trabajo colaborativo entre las cátedras de Traducción Literaria a cargo de María Florencia Carbone Zárate y Paola D'Angelo. En la traducción trabajó un número considerable de estudiantes que creemos oportuno mencionar ya que la autoría también les pertenece:

Fátima Abrate

Felipe Acosta

Eugenia Alegre

Zoe Aleu

Santiago Ambort

Ana Clara Arroyabel

Dolores Bassi

Martina Becerra

Belén Bertuzzi

Julia Bruno

Micaela Burtovoy

Nicolás Buzzi

Melany Carrón

Evelina Castañeira

Joana Centurión
Josefina Chemez
Camila Chiapello
Micaela Colamosca
Guillermina Cima
Tamara Cordera
Victoria De Orellana
Sofía Echániz
Carolina Fernández
Donatella Forte
Ayrton Frank
María Valentina Frontera
Valentina Galarza
Valentina Galván
Lucas Garello
Florencia Gioria
Ana Laura Godoy
Lucía Golpe
Luciano González
Manuel Kröhling
Juliana Lepez
Luz Maciel
Fiorella Magnin

Camila Mangiameli
Juan Pablo Manuale
Carola Marchionatti
Lucía Miranda
Aquiles Norese
Gerónimo Ocampo
Agustina Ortigoza
Malena Pacheco
Selene Palma
Cecilia Ratto
Juan Manuel Reláñez
Milena Reynoso
Irina Riva
Mailén Rojas
Natasha Romero
Francesco Savy
Francesca Siri
María Carolina Vales
Delicia Vega
María Victoria Scarel
Vera Torres
Martina Urbaitel
Lucía Wagner

**SÉ QUE PASÓ
DE ESTA MANERA
CINCO CUENTOS
PÓSTUMOS**

•

JANET FRAME

ENTRE MI PADRE Y EL REY

•

Mi padre peleó en la Primera Guerra Mundial, a la que llamaron «Gran Guerra» hasta que esa grandeza se cuestionó para después aceptar que no hubo grandeza alguna. Mi padre volvió de la guerra con una esquirra en la espalda, residuos de gas en los pulmones, una libreta militar, una chapa de identificación, una máscara antigás y un documento importantísimo en el que se detallaba su deuda con el Rey y su promesa, ante testigos, de devolverle las cincuenta libras que le había prestado para comprar mobiliario: una cama para dormir con su nueva esposa, una mesa de comedor en la que comer, linóleo para el piso y una pequeña alfombra para colocar frente al hogar, dos sillones para que marido y mujer se sentaran junto al fuego cuando él no estuviera trabajando y ella no estuviera sacándole brillo al linóleo del Rey ni sacudiendo el polvo de la alfombra del Rey y un zócalo de madera que protegiera de las chispas la alfombra, el linóleo, a mi padre y a su esposa cuando se sentaran junto al hogar. Todo este mobiliario, según detallaba el documento, costaba cincuenta libras, que debían pagarse al Rey en las cuotas acordadas.

Encontré este documento el otro día junto a la nota de condonación de deuda y por primera vez fui consciente de la terrible carga que había pesado sobre mi padre. Resulta que, además de comprometerse a devolver el préstamo, había jurado que

mantendría en perfectas condiciones la cama y el colchón y el zócalo de madera y la alfombra y el linóleo y la mesa de comedor y las sillas y los sillones, que bajo ningún concepto vendería o canjearía estas cosas y que además estaría listo para que el Representante del Rey realizara una inspección en cualquier momento.

¡De haberlo sabido antes!

Cuando éramos chicos y no dimensionábamos el valor de las cosas, arrancamos los respaldos de las sillas de la cocina para usarlos como trineos; llenamos de clavos el zócalo de madera, ¡el zócalo *del Rey*! Dibujamos y pintamos toda la mesa, rayamos el piso de linóleo, saltamos en la cama, desgarramos el colchón y los dos sillones en busca de dinero. Y para colmo, el gato hizo pis en la alfombra y la arruinó para siempre. ¡Y todo esto era propiedad del Rey, que generosamente se lo había dado en préstamo a mi padre y nunca lo supimos!

Todo parece tan lejano ahora. No tengo forma de saber en qué pensaban o de qué hablaban mis padres cuando se acostaban en la cama del Rey y comían en su mesa y se sentaban en sus sillas y caminaban sobre su piso de linóleo. Cuando mi padre oía que golpeaban la puerta, ¿miraría los muebles que le habían costado cincuenta libras para corroborar que estuvieran en buenas condiciones por si justo pasaba el Representante del Rey?

—Soy el Representante del Rey. Justo pasaba por la calle Richardson, Dunedin, y creí oportuno entrar a inspeccionar su cama y colchón y sillas y linóleo y alfombra y zócalo de madera.

—Por supuesto, adelante —imaginé que decía mi madre con timidez.

Y así, con mi padre a la cabeza de la comitiva y mi madre detrás, le ofrecían un recorrido al Representante del Rey por todo el mobiliario colonial disperso por la casa. Mi madre le explicaba con nerviosismo que vivían nenes chiquitos y bebés en la casa y que, por ende, había cierto deterioro...

—Sí, sí, por supuesto —decía el Representante del Rey, mientras sacaba un cuaderno en el que escribía cosas como estas: zócalo de madera, dos marcas; linóleo, mancha marrón; mientras, la ansiedad de

mi madre aumentaba y mi padre parecía estar aún más preocupado. Y cuando el Representante se iba, mi madre se largaba a llorar.

O al menos eso imaginé.

—Va a ir directo al Rey. ¡Estoy segura!

Mi padre trató de calmarla. Miraba con odio el mobiliario del Rey. Deseaba no haber sacado nunca el préstamo de cincuenta libras.

Y entonces, quizá, tuvo una de sus brillantes ideas y esa misma noche, sentado junto a mi madre en los sillones del Rey, con los pies en la alfombra manchada de pis de gato y a salvo de las chispas por el zócalo de madera, mi padre sacó su lápiz y su cuadernito y, mientras recordaba en detalle la Gran Guerra en toda su grandeza y se veía junto a sus compañeros en las trincheras, reflexionó profundamente acerca de la vida, la muerte, el tiempo y la tortura y escribió:

Espalda, esquirra; pulmones, residuos de gas; noches, pesadillas; días, recuerdos.

Estimado Rey: Las marcas y manchas y deterioro de mi vida, sin lugar a dudas compensan el deterioro correspondiente a su preciado zócalo, alfombra, etc. Por favor, perdone mi deuda de cincuenta libras o, en mi paso por el Palacio de Buckingham, me detendré a inspeccionarlo a usted y a reclamar su deuda para conmigo.

EL CIRUELO Y LA HAMACA

•

Las raíces del ciruelo estaban en nuestro terreno y, por lo tanto, el árbol nos pertenecía, pero dos tercios habían decidido crecer en el terreno de ellos; y ese lado, además de estar libre de plaga, tenía una gran rama extendida de la que colgaron una hamaca paraguaya donde los fines de semana y en las tardes de verano alguno de los Connolly se acostaba a leer el diario o cómics o a no hacer nada, con los ojos cerrados, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, disfrutando, por así decirlo, de los frutos auxiliares de nuestro ciruelo, un lujo de relajación envidiable.

Nadie sabía por qué gran parte del árbol se había inclinado en su dirección o por qué su lado, lleno de ciruelas grandes que colgaban como lámparas azules de cortinas de hojas, no tenía ninguna plaga mientras que nuestras ciruelas, pequeñas y redondas, rezumaban gelatina transparente entre el tallo y la piel agrietada y a veces tenían telarañas blancas que hacían creer que ahí vivía una criatura parecida a una monja; y un pedazo oscuro de amargura dentro, situado contra el carozo, que no siempre llegaba a la superficie de la ciruela. Cuando comíamos las ciruelas de nuestro lado teníamos que estar atentos, mientras que los Connolly podían hamacarse y alcanzar las ciruelas, comerlas y disfrutarlas con los ojos cerrados.

Ellos en serio disfrutaban de un jardín del Edén, uno del que muy pocos sabían, porque nosotros éramos los únicos vecinos que

podían ver su patio trasero y su jardín. También podíamos ver por la ventana de la cocina, porque la casa estaba elevada y la ventana, que no tenía cortinas, formaba un marco extraño con la luz, como una luz natural de teatro que exponía a los Connolly cada vez que comían en la mesa de la cocina, sus siluetas nítidas, sus movimientos precisos y económicos. Los efectos de sonido también eran dramáticos, sobre todo los viernes a la noche cuando el señor Connolly llegaba borracho. También se escuchaba con claridad la risa de la señora Connolly, o sea, cuando se reía. A menudo su cara era triste y larga, con un mentón que se sacudía y parecía ser desmontable. Todos los Connolly, excepto el menor, tenían el pelo rubio, pecas y la piel arrugada y amarillenta como la antigua armadura de un reptil.

Su vida era primitiva y violenta: las borracheras de día de pago eran recurrentes y a menudo sus voces eran lo que mis padres describían en tono reprobatorio como «elevado». En nuestra casa, la regla de no levantar la voz era estricta y cuando la decía mi padre siempre la completaba con una mención de lo que se había convertido en nuestro punto de referencia especial: la calle Thames.

—No levantes la voz. No quiero escucharte desde la calle Thames.

—Todas las luces de la casa están prendidas. Las podés ver desde la calle Thames.

—Echale más carbón al fuego. Apurate. No te estoy pidiendo que recorras toda la calle Thames.

La calle Thames era la calle principal, había una tienda italiana de pescado y papas fritas en un extremo y una tienda griega de pescado y papas fritas en el otro. Recuerdo que me invadió una sensación inexplicable de alarma y de pérdida el día que escuché a uno de los Connolly usar nuestro punto de referencia como si fuera de su propiedad:

—Te correría a una carrera hasta el final de la calle Thames.

Cuando los Connolly colgaron su hamaca por primera vez (justo cuando las ciruelas empezaban a salir de lo que quedaba de la flor marchita de color marrón) la acción tenía un futuro tan prometededor que nosotros, los chicos, apenas podíamos contener la envidia.

De pronto, parecía que no teníamos lugar, absolutamente ningún lugar donde pudiéramos estar sin hacer nada, sin hacer nada de verdad. Nos volvimos inquietos, fastidiosos. Les preguntamos a nuestros padres:

—¿Por qué no podemos tener una hamaca como la de los Connolly?

La respuesta de nuestro padre demostró que no entendía las propiedades placenteras de una hamaca:

—¿Para qué quieren una hamaca?

Las ciruelas aumentaron de tamaño, el color verde se oscureció y cambió a azul con manchas. Los Connolly descansaban sin hacer nada.

—¡Nada más esperan a que las ciruelas maduren —dijimos disgustados—, y es nuestro árbol!

No éramos los mejores vecinos, pero tampoco lo son los adultos, que necesitan leyes complicadas para evitar peleas por vallas, arbustos y árboles que sobresalen. Nosotros, los niños, habíamos sido beneficiados por el vecino del otro lado, el señor Smart, que mantenía un jardín de árboles frutales que no sobresalía del ligustro, pero que crecía lo suficientemente cerca para que pudiésemos hacer malabares con un tubo de desagüe debajo de las manzanas más rojas, sacudir el caño y ver cómo nuestro premio se separaba del árbol y rodaba por el tubo hasta nuestras manos. Parecía lo justo recibir una generosidad similar a la de los Connolly, que no solo se servían de nuestras ciruelas libres de plaga, sino que esta temporada lo harían de una manera digna de los reinos del mito y la leyenda. ¡Y los Connolly no eran dioses para tener el beneficio de tales placeres paradisíacos!

Los cuatro chicos se llamaban Alf, Dick, Len y Bob. Parecían únicos y a la vez comunes y corrientes, como pasa con las familias de varones cuando se las mira de afuera. Por un momento eran uno más y al siguiente eran los Connolly. Usábamos una serie de referencias para identificarlos cuando hablábamos o pensábamos en ellos. Alf ya era grande y pronto iba a terminar la escuela. Un día mi hermana, mirando a través del hueco de la valla, lo vio orinando entre las papas. Su cosa, nos dijo, era azul. Dick era el callado que siempre iba cuando lo llamaban. Se parecía más a su madre. Len era un bromista,

siempre andaba en alguna travesura, robaba de los huertos, hacía ruido con latas. Bob, el menor, tenía el pelo castaño y no tenía pecas. Era conocido por ser un llorón. Tenía la edad de mi hermana menor, que, siguiendo con nuestra tradición local de combinar los sexos por edad, lo veía como su «chico». Ambos tenían seis años. De acuerdo con este cálculo, mi hermana tenía varios «chicos» en el vecindario. Y según esta norma, Dick era para mí, pero yo era quisquillosa y no me gustaba su cara roja ni su nariz torcida y tanto mi corazón como mi edad se habían puesto en sintonía con un chico pálido que vivía más arriba en la misma calle, con el que nunca había hablado. Era Ron Corbie, pálido y derecho. Y cada mañana paseaba como un destello de hermosa palidez en su bicicleta negra y plateada.

•

Principios de otoño. Las manchas azules se esparcían por las ciruelas y parecía, paradójicamente, que las perfeccionaban a golpes. Pronto estarían listas para comer. En nuestro lado del árbol ya se habían instalado las criaturas de la plaga. Teníamos mucho que soportar. Era más difícil afrontar que nuestras ciruelas se echasen a perder porque nuestras manzanas ya habían sido conquistadas hacía tiempo por gusanos que, con su gusto discriminante, nos había dejado solo las más agrias.

Poco tiempo después, los Connolly empezaron a pasar la mayoría de las tardes y los fines de semana en su preciada hamaca paraguaya. Entrenaban, suponíamos, para las ciruelas que estaban madurando y que eran frutos extraordinarios para el futuro deleite de dioses, no de los Connolly.

Nada podía distraernos de pensar en la hamaca paraguaya. Un tímido «Compartan un ratito la hamaca paraguaya» había causado un «Ay, no» de Alf, un «No pueden» de Dick, un «Consíganse la suya» de Len y un buen recordatorio de Bob de que si nos dejara usarla, Alf lo retaría. Pasa que en las familias hay una suerte de construcción animal que hace que el mayor se dé la vuelta, como una criatura a su cola, para morder o lamer al menor.

Tal vez, pensamos, podríamos hacer nuestra propia hamaca paraguaya. Ay, pero como nunca pensamos en una hamaca, ni siquiera después de ver todas esas películas de submarinos y marineros, nuestro ingenio nos falló. Y ahora que se nos ocurría, ya era demasiado tarde y no teníamos un solo árbol que cooperara. Suplicábamos que solo nos dejaran subir, probarla, pero los Connolly se rehusaban. Una tarde aburrida de domingo intercambiamos libros de autógrafos y Len Connolly escribió:

Dos en una hamaca querían besarse ahí,
y cuando lo intentaron terminaron así.

«Así» estaba escrito al revés, pero no nos pareció ni gracioso ni inteligente, por lo menos, no en público.

Entonces, una mañana nos levantamos y nos encontramos con que las ciruelas de ambos lados del árbol estaban maduras y que si venía una ráfaga o llovía, se iban a pudrir. Mi madre sacó la olla de bronce, se puso a preparar frascos y cortó círculos de papel manteca para taparlos.

—Chicas —dijo, o sea, mi hermana del medio y yo—, ¿podrían juntar algunas ciruelas para la mermelada? Se pueden comer algunas, no hace falta que silben mientras las juntan.

No sé si era su oído musical o su generosidad lo que la hizo flexibilizar la regla sobre silbar, aunque nunca hubo tal regla, silbar era algo de lo que solamente hablaba mi padre, quien decía que «Teníamos que silbar cuando pelábamos chauchas». Lo decía con tristeza, como lo hace la gente al hablar de tiempos pasados, olvidando que era el momento y no el silbar lo que era tan divertido.

—Busquen la canasta y llénela.

—¿Vas a hacer mermelada, mamá?

—Sí, voy a hacer mermelada.

No hacía falta preguntarlo y no hacía falta que nos respondiera porque todas lo sabíamos, pero aun así era satisfactorio que lo dijera. Estaba de más decirlo, pero era un lujo que confirmaba el evento y prometía hacerlo memorable. Era, por así decirlo, la frutilla del postre.

—La señora Connolly no va a poder hacer mermelada con esos sirviéndose desde la hamaca —nos dijimos entre nosotras, entre el dolor de ver felices a los Connolly y el disgusto de morder nuestras magras ciruelas manchadas.

—A ver, subime a esa rama.

—Pero está de su lado.

—Es nuestro árbol.

—Pero papá dijo que es suyo si cuelga sobre su casa. Respira de su aire y toma de su sol.

—Pero ellos respiran nuestro aire cuando vienen a buscar el *Daily Times*.

—Nosotros respiramos el suyo cuando les vamos a pedir media taza de harina para hacer hamburguesas.

—Pero es nuestro ciruelo. Las raíces están de nuestro lado y todo empieza por las raíces. Lo que importa es donde empieza, no donde termina. Subime a esa rama.

Los Connolly no estaban. El señor Connolly, que era almacenero, estaba en su negocio. La señora no estaba, andaba por la calle Thames, y los chicos probablemente se habían ido a su última excursión larga antes de que empezaran las clases. La ventana rectangular de la cocina solo dejaba ver el contorno de la mesa de la cocina con una tetera, algunas tazas y platitos, la silla del señor Connolly, donde se sentaba a comer y a leer el diario vespertino, la soga cerca del techo donde colgaban la ropa lavada que entraban después de haberla colgado en el patio y en el fondo, la amalgama de otros muebles y la puerta que daba a la cocina.

Eran alrededor de las once y media de la mañana. El día era cálido, lleno de flores. Las nubes que se movían con lentitud alrededor de las colinas proyectaban una luz de color ciruela y brezo sobre el mundo, sobre la ventana de los Connolly y sobre las ciruelas que, cuando absorbían la luz, parecían difuminarla en una especie de pelusa luminosa sobre su piel madura. La languidez súbita de todo era abrumadora: las nubes, grandes y maduras, que se movían lentamente, la ventana reluciente de los Connolly que ahora

contenía tanto el mobiliario de la cocina como un reflejo plateado de las nubes y las mitades superiores de los dos sicomoros de los Brewster, con las pequeñas semillas de las que saldrían velas verdes que se volverían marrones y las harían girar muy muy lejos, con los dientes de león, cuando llegara el primer día salvaje y ventoso de libertad.

La verdad era que tanto mi hermana como yo arrancábamos y buscábamos y arrancábamos en una especie de delirio. Las puntas de nuestros dedos se manchaban al meterse en la parte carnosa y demasiado blanda de las ciruelas. Porque estábamos recogiendo las hermosas ciruelas, las de los Connolly, y ahora estábamos del lado de su casa (respirando de su aire y tomando de su sol), bajábamos las ramas cargadas, arrancábamos y dejábamos caer las ciruelas en la cesta de lino hasta llenarla. Después, aturdidas, nos arrastramos de vuelta por el hueco en la cerca, pusimos la cesta sobre el césped junto al ciruelo, ajustamos la tabla de la cerca y nos desplomamos a carcajadas.

—Lo logramos.

Nos comimos algunas de las ciruelas de la parte de arriba, no porque realmente quisiéramos, sino para dejar en claro que conocíamos nuestros derechos y podíamos hacerlos valer de ser necesario.

—Podríamos habernos subido a la hamaca ahora que no están —dijo mi hermana. Estuve de acuerdo.

—Podríamos.

Qué destartalada se veía la hamaca, con su lona gris con parches desnudos y las cuerdas deshilachadas. Yo tenía la precaución de mi madre.

—De cualquier forma, es una hamaca vieja. Podrías darte un buen golpe.

—Pero podríamos, nada más para probar.

—Seguro que solo fingen que les gusta usarla.

—¿Qué van a decir cuando se den cuenta de que les quitamos sus ciruelas?

—Son nuestras.

Pero están de su lado y siempre se las comen. Los Brown lo hacían. Los Brown eran las personas que vivían allí antes que los Connolly. ¡Parecía que había pasado tanto tiempo! De repente recordamos el momento en que los Brown se mudaron y llegaron los Connolly, y el tiempo en que la casa estuvo desocupada y nos metíamos y correteábamos por todo el lugar.

Suspiré. Era cierto. Incluso en la época de los Brown no podíamos comer nuestras propias ciruelas.

Fue en ese momento que a mi hermana se le ocurrió una pregunta muy desafiante, porque ella también era precavida.

—¿Qué va a decir papá? Dijo que eran las ciruelas de los Connolly. Legalmente.

—¿Legalmente?

—Legalmente.

Me reí.

—Ya no son las ciruelas de los Connolly, ¿no? Tómala, comete una. Nos comimos una cada una. Tiramos los carozos por encima de la cerca de los Connolly.

—Ahora pueden cultivar sus propias ciruelas.

Después de recuperarnos de la embriaguez, nos sentamos en el césped y nos recostamos contra la cerca.

—¿Qué vamos a decir? —preguntó mi hermana—. ¿Vamos a decir la verdad?

Lo pensé.

—No, no hace falta. ¿Por qué tendríamos que hacerlo? Digan lo que digan, son nuestras ciruelas. Los Connolly quedarían bastante ridículos entrando acá y diciendo: «¿Cómo se atreven a sacar ciruelas de su propio árbol?» No confesemos. Que sea un secreto.

Cómo deseé, de repente, que pudiéramos hacer justo eso: mantenerlo tan secreto como fuese posible, es decir, enterrarlo y olvidarlo. Me sentía desolada. El sol se había movido de la forma en que lo hace cuando las nubes son tan grandes como potreros. Se había escondido y tanto mi hermana como yo nos sentíamos solas, como cuando nuestra madre entraba en una de las habitaciones de

la casa y cerraba la puerta para indicar que no quería a nadie en ese momento más que a ella misma, que tenía otras cosas que hacer y en qué pensar, otras cosas y otras personas.

Cuando nuestra madre vio la pila de ciruelas grandes y azules en la canasta pareció desconcertada, pero como esos padres que conocen poco a sus propios hijos y también conocen poco a sus propios árboles de fruta, sonrió y dijo, como distraída:

—Qué bien que están las ciruelas este año. No tienen ni una sola plaga.

Estaba segura de que estarían feas.

Hizo la mermelada, la puso en los frascos, los cerró y los guardó ordenados en hileras en la alacena de la cocina.

Con la sensación de que había demasiada gente en el mundo o, al menos, de que los Connolly habían llegado para aumentar de forma amenazante la cantidad de personas (además de que todos los vecinos se amontonaban en sus jardines, cortaban el pasto, les ponían tutores a las dalias) y que nunca podríamos escapar de ellos o de las «otras» personas y de cuestiones misteriosas que atraían a mi madre, como el sol, hacia las habitaciones secretas, mi hermana y yo salimos, valientes, a evaluar el estado de la situación para preparar nuestra defensa en caso de que fuera necesaria. Salimos por el ciruelo. Dick Connolly estaba recostado en la hamaca. Me pregunté si se había dado cuenta de que habíamos juntado las ciruelas. No nos vio y yo no tenía ganas de decirle «Hola» y no podía recurrir al truco de los adultos de toser o aclararse la garganta. Como se suponía que él era mi «chico» y que por lo tanto yo tenía la responsabilidad de llamar su atención, decidí tirarle una piedra. En realidad era un carozo, pero yo consideraba que era una piedra. Se apartó la revista de cómics de la cara y me miró. No. No me importaba su cara colorada ni su nariz torcida, ni la forma en la que se ponía más rojo cuando me miraba. Supongo que era porque me conocía como la «chica que le había sido asignada». Sentí que me ponía colorada. Era diferente mirarnos y analizarnos las caras cuando estábamos solos, pero, con mi hermana ahí, sentía que tenía que aceptarlo como algo

de mi propiedad y encontrar formas de justificarlo. Pero eso era demasiado para mí. Él miraba con avidez.

—Mermelada de Dickie —dije y me sentí una tonta. Y en ese instante pasó por mi mente, del ojo derecho al izquierdo, la imagen de Corbie, el chico pálido, con su bicicleta negra y plateada pasando por la calle como un rayo.

—Ya van a ver cuando venga mi papá —dijo Dick y señaló con la cabeza la ventana de la cocina, donde se preparaba el espectáculo de la cena—. Alguien se llevó nuestras ciruelas.

—No son sus ciruelas.

—Alguien entró, las juntó y se fue. ¿Y sabés quién está verde de envidia? Vos.

Me quedé muda y a él le pasó lo mismo, todo esto era demasiado para Dick Connolly, «el callado», por así decirlo.

Entonces me llegó la inspiración. Habíamos estado escuchando en la radio los programas cómicos.

—Ah —dije—. Alguien se robó tu reloj. ¡Quién pudo haber sido tan malo!

Una sonrisa de felicidad cruzó la cara de Dick Connolly. Se puso tan brillante como un damasco. Él también había escuchado los programas cómicos.

—¡Movete y mostranos lo sinvergüenza que sos!

Contentas, mi hermana y yo hicimos un movimiento parecido al hula-hula.

—Algún sapo traidor jugó con el corazón del Papa.

—¿Querés decir que algún vivo desgraciado se robó su reloj?

Se hizo silencio. Después, mi hermana, Dick Connolly y yo susurramos al unísono:

—El reloj, el reloj.

—Soy inocente, lo juro.

—Ella es inocente. Lo jura.

Dejamos de actuar, nos miramos fijo y ahí nació una idea más grande que las ciruelas, sus raíces y la plaga, más apetitosa que la mermelada de ciruela, incluso untada en bizcochos calientes o en

tarteletas de mermelada con palmeritas de hojaldre. Y fue el fin de semana siguiente, entre bizcochos y mermelada de ciruela, que los Connolly y los Todd, hamacándonos entre mordisco y mordisco, cerramos el trato: el reparto de roles en obras originales y prestadas que serían, por así decirlo, el primer peldaño en la escalera que nos conduciría a nuestra piscina en Hollywood.

EL CUSTODIO DE LA LLAMA

•

El suicidio de Ted Polson sigue siendo un misterio para mí. De todas las personas del mundo, yo, uno de sus mejores amigos y compañero de trabajo durante veinte años, debería haber descubierto la razón de su muerte. Su esposa quedó aturdida y perpleja, igual que sus hijos adultos y que la empresa, *Dispatch Concrete Limited*, y toda esta confusión apareció también en las observaciones del forense: no parecía haber razón alguna por la que Ted Polson, de cincuenta y tres años, feliz con su trabajo y matrimonio, con estabilidad financiera y buena salud, se hubiera suicidado. Les voy a describir los hechos y los sucesos y, ya que soy de apostar, les juego lo que quieran que tampoco van a poder resolver el misterio.

Los hechos. Para empezar, su vida puertas adentro era de ensueño: las pantuflas junto al hogar, las medias zurcidas y las camisas sin una sola arruga, incluso las que no deberían plancharse; dos hijos hermosos: el varón, en los últimos años de la secundaria, futuro estudiante de ciencias en la universidad y camino a convertirse en investigador; la hija, comprometida con el hijo de uno de esos empresarios de Roslyn, muchísimo dinero, una casa de dos pisos hecha de ladrillo doble con vista a la bahía, un jardín alpino con plantas traídas especialmente de los Alpes del Sur (no es de mi estilo, pero era un futuro prometedor para ella. Ted ansiaba

codearse con Frank y Gertie Molyneux en la recepción de la boda en el gran Jardín Alpino); no lo dijo explícitamente, pero noté que la ilusionaba la idea y que incluso había bromeado acerca de eso una semana antes de su muerte; aunque ahora que lo pienso yo hice la mayoría de las bromas porque Ted no era un tipo bromista. Podías hacerle bromas, pero él nunca las hacía; podías probar ser chistoso con él, como cuando probás si un fósforo prende en alguna superficie, y después los dos se reírían juntos, todo terminaba siendo más gracioso de como lo habías pensado. Siempre podías hacerle un chiste a Ted. No era como esos malhumorados que te podés llegar a encontrar; no era de desanimarse fácil. Eso sí, era callado, pero porque no tenía nada que decir, ¿y qué sentido tiene hablar si no tenés nada para decir?

A su mujer sí se le daban bien las palabras. ¡Qué mujer! La casa estaba limpia, pero no tanto como para que no pudiese entrar con sus botas embarradas, aunque, como él era un tipo tan limpio, tampoco entraría a su casa con las botas embarradas. La casa estaba ordenada pero no tanto. No te sentías culpable por sentarte en las sillas o pisar la alfombra en la casa de los Polson. Te hacían sentir bienvenido y te daban de comer como a un rey. Su esposa también era de hacer chistes, tenía una chispa en la mirada que no hacía falta encender, simplemente estaba ahí. Su padre había sido uno de esos antiguos almaceneros que medían todo en cucharadas y lo pesaban enfrente tuyo (no como ahora que lo hacen a escondidas) y siempre había algo en la casa de los Polson que te recordaba que Eva Polson era hija de un almacenero; para empezar, compraba todo al por mayor. «Compro al por mayor» solía decir, y le sentaba bien, se las arreglaba mejor que una mujer común y corriente, podía negociar al por mayor, alimentar al por mayor, y en la mesa siempre había comida de sobra, aunque, ahora que lo pienso, es curioso que Ted fuese tan delgado a pesar de toda la comida; delgado, fibroso pero saludable.

A veces le hubiera convenido hacer reposo (moqueo, gérmenes, estornudos, etc. que se esparcían rápido por la fábrica), pero así era

él, luchaba contra el resfrío y en un par de días estaba fresco como una lechuga. Nunca lo vi enfermo por más de un par de días. Su mujer también era saludable, como uno esperaría de alguien que creció en casa de un almacenero con mucha comida. Tenía las piernas grandes como dos macetones. El viejo se murió cuando llegaron los supermercados. Ojo, no murió *porque* llegaron los supermercados, sino *cuando* llegaron: ya tenía edad para morir. No hay que enroscarse con el pasado cuando hablamos de Edmund Ward: murió porque era su hora; y hubo un gran funeral, con más autos de los que jamás vi en mi vida, el cortejo ocupaba todo el camino desde Green Island hasta Anderson's Bay y la mitad de los floristas de Dunedin deben haber vendido flores a pesar de que se había pedido que no hubiera flores. Pero quién se fija en eso: los grandes gladiolos naranjas y rosas como el atardecer, suaves como un parabrisas. Recuerdo ese funeral porque poco antes había muerto mi padre.

Recuerdo haber visto a Ted Polson en el primer auto, de traje negro con un cuello blanco que sobresalía como un collarín, su rostro era solemne, como correspondía, y su mujer estaba al lado, inquieta, ahora lo recuerdo, vestía de negro, y el día estaba lindo, sin viento; lindo en la ciudad, eso sí. No puedo decir lo mismo de Anderson Bay, un lugar frío para ser enterrado, o eso me imagino.

Con cincuenta y tres años, feliz con su matrimonio, con estabilidad financiera; su salario era justo, bastante bueno diría yo, porque era un trabajador calificado, un aprendiz que empezó a trabajar apenas terminó la escuela y pasó la mayor parte de los treinta años en la empresa cuidando el horno. Durante los últimos veinte años, ese también ha sido mi trabajo. Y ahí estábamos todo el día, poniéndonos y sacándonos nuestros lentes de protección, abriendo y cerrando la puerta para inspeccionar la llama, ajustando la presión, el calor, guiándonos por el aspecto de la llama. Ted lo hacía mejor que yo, era un mago con la llama, nunca conocí a alguien como él; abría la puerta, revisaba y enseguida decía: el color está mal, está muy caliente, le falta calor, no está ardiendo como debería. Y después se lanzaba al panel de control y giraba interruptores

y movía palancas hasta que todo estaba bien de nuevo; y todo el diagnóstico estaba en sus ojos y en su cabeza. Como ven, él sabía. Entendía la llama. Él y la llama eran uno, como marido y mujer, podría decirse. Nunca entendí la llama tan bien como él; a veces cuando estaba de turno y abría la puerta, no podía descifrar qué estaba pasando dentro del horno, solo que era una llama crepitante, entonces lo llamaba a Ted.

—Ted, vení un segundo, ¿la ves bien?

Y con solo un vistazo, Ted se daba cuenta. Y estaba orgulloso de sí mismo, de entender la llama tan bien. Nunca hablaba de eso, pero podías ver el brillo en sus ojos. Cuando llegaba a casa no atormentaba a su mujer hablando sobre lo que hacía en el trabajo, aunque a veces ella le preguntaba, tal vez algo celosa:

—¿Qué tal el horno hoy, Ted?

Y él sonreía.

—Bien, bien.

Y su esposa decía, entre risas:

—Ese horno es nuestro pan de cada día.

Y lo era.

Y como el salario era muy bueno, el horno no era solo el pan: era el lavarropas, el televisor, el auto (un Holden Special), la casa rodante y el observatorio completo con telescopio incluido que Ted había instalado en una habitación del último piso de la casa. Decía que lo había armado para su hijo, pero ahora que lo pienso, él pasaba muchas horas ahí, por las noches, mirando las estrellas.

Miraba el fuego de día y las estrellas de noche; sin embargo, era un hombre práctico. Ted no era un soñador, no quería cambiar el mundo, o si quería no lo mencionaba; y eso que contaba la mayoría de las cosas, como ese encontronazo que tuvieron su hija y su primer novio con la policía por correr picadas con la moto, como hacen las aves en las rutas del norte.

Entonces, cincuenta y tres años, feliz con su trabajo y matrimonio, con estabilidad financiera, con buena salud... Creo que estarán de acuerdo con que no hay razón alguna por la cual Ted se hubiese

suicidio. Parece que voy a ganar la apuesta y, si la redoblamos, podré hacer uno de esos viajes en avión a Australia, bucear, cazar cocodrilos... Aunque tal vez ya estoy viejo para eso, hay que ser adolescente para disfrutarlo. Adolescente o un estadounidense jubilado. Ahora que lo pienso, eso fue lo que Ted me dijo un día. Hay que ser adolescente para llegar a ser alguien. Sabía que estaba envejeciendo, y sí, le faltaban unos diez años para jubilarse y lo esperaba con ansias; tendría tiempo para disfrutar de su familia, casa y casa rodante, decía. Así que no vayan a pensar que se suicidó porque le pesaba la edad.

No, no es algo que Ted haría.

No tengo mucho más que decir. Su muerte fue un baldazo de agua fría. Esa semana las cosas estaban cambiando en la fábrica. Hubo una inspección por parte de uno de los jefes de Wellington y lo siguiente que supimos fue que la fábrica estaba siendo «modernizada». Repito, no me malinterpreten. Ted no se suicidó porque nos modernizaron. En realidad, no nos afectó demasiado, salvo por ese nuevo panel parecido a los controles de un avión que se instaló para regular la llama, por lo que nuestro trabajo se volvió más fácil. Ya no teníamos que inspeccionar la llama, solo leer el panel y encender los interruptores correctos; aunque, por supuesto, Ted, que no se acostumbraba, seguía abriendo la puerta, dando su diagnóstico y moviendo las palancas; y su criterio no siempre coincidía con el del panel. ¿Ven? Él entendía la llama. Nadie conocía la llama del horno tan en detalle. De vez en cuando nos reíamos un poco de Ted con los más jóvenes y Ted se lo tomaba bien, incluso se sumó a la broma cuando le dijimos que habíamos descubierto que el jefe había empezado a rondar en secreto para ajustar la presión y el calor a escondidas, para no herir sus sentimientos: resulta que el nuevo panel, nos dijo el jefe, era más preciso que el ojo humano y Ted solo estaba trabajando de más al abrir y cerrar la puerta para inspeccionar la llama. Ted parecía un poco triste cuando se lo dijimos, pero se le pasó y se unió a las bromas.

—Tienen razón —dijo—, no voy a andar trabajando de más ¿no?

Estuve en cama un par de días después de eso y me quedé en casa porque no era tan sano como Ted, y fue en esos días que me enteré de su muerte. No voy a juzgar a nadie, pero fue la muerte más desastrosa que un hombre podría haber elegido: se cortó el cuello con una hoja de afeitar.

Ahora sí, ¿no les parece que gané la apuesta? No hay ninguna razón aparente para su suicidio. ¿Cuándo me llega el cheque para mis vacaciones de diez días por Australia?

LA VISITA NOCTURNA

•

Su nombre era Bernadine, pero todos le decían «señora Winton». La señora Winton de la cama diecisiete. Buenos días, señora Winton. ¿Cómo está hoy? Nunca la escuché decir más de unas pocas palabras. Por lo general hablaba del clima, del día, o aclaraba que se sentía bien, ah, bien; en el baño, por la mañana, los tubos para recolectar la orina alineados en su lugar del estante brillaban como el vino blanco bajo el sol de la mañana. ¡Qué dorado!

Esta es Bernadine en el hospital, el color de su enfermedad se desconoce. Ella estaba en la sección «corazón» del hospital, en lugar de la sección «pulmón». Los que estábamos en la sección «pulmón» teníamos el entretenimiento macabro de ver televisados los latidos del corazón de aquellos que tenían marcapasos y éramos testigos de la conmoción y el pánico cuando, de repente, el gráfico de frecuencia cardíaca hacía una pausa o se frenaba y la señal de alarma sibilante sonaba por todo el hospital.

En la mañana de la operación de Bernadine, vinieron visitas. Su esposo, un hombre bajito con la espalda ancha, manos fuertes y la cara redonda y preocupada, como una luna que frunce el ceño a un océano repentinamente incontrolable e incomprensible. También vinieron hermanas con los maridos y niños pequeños con abrigos gruesos, gorros y medias largas blancas. Bernadine siempre tenía muchas visitas que venían directamente hacia ella, a diferencia de

otros que tenían pánico al entrar al hospital mientras buscaban una cara en particular. A veces estaban tan confundidos y preocupados que cometían errores increíbles. Podrías encontrarte a un extraño sonriéndote. Ah, perdón. Pensé que eras... Mary, Harriet, Joan.

Pero no es el caso de Bernadine. Nadie podría confundir a alguien con Bernadine. No era solo la piel oscura lo que la caracterizaba, sino también una especie de silencio interior. Estaba aislada en su enfermedad y su calma contrastaba con el estado de su vecina, una mujer de unos cuarenta años que había muerto y resucitado gracias al desfibrilador y a quien, por ser la maravilla del momento, se le permitían visitas a cualquier hora y estaba siempre rodeada de hombres atractivos y niños valientes, limpios, hermosos y bien educados, de flores rojas y amarillas como el fuego que le entregaban frescas cada mañana en ramos con forma de corazón, y de cajas enormes de chocolate en forma de corazón que tentaban a los médicos que pasaban. Uno no estaba seguro de si los chocolates o las flores se ponían en el altar de la vida o de la muerte.

Pero este era el día de Bernadine. En retrospectiva, recuerdo la sombría luz del sol por la mañana sobre las hileras de las chimeneas, los destellos de colores de los tubos para recolectar la orina cuando los tocaban los rayos del sol, el ir y venir de los estudiantes con jeringas y tubos de sangre y a Bernadine deambulando por los pasillos sumida en un silencio apático. Su operación iba a ser ese día a última hora. Yo no dejaba de pensar que todos iban a estar muy cansados, demasiado cansados.

A las cinco, llegaron los camilleros de uniforme verde y se llevaron a Bernadine. Prepararon la cama para su regreso. La enfermera dijo que estaría despierta para la hora de las visitas.

Llegó la hora de las visitas. Bernadine había vuelto y estaba inconsciente y rodeada de monitores. Vinieron su marido y su familia; se movieron un poco los monitores y los visitantes se sentaron en silencio alrededor de la cama mientras el señor Winton sostenía la mano de su esposa. La llamó por su nombre una o dos veces, pero ella todavía estaba muy inconsciente. Se quedó mirándola con una

especie de miedo que amenazaba con convertirse en pánico ante el tubo y la bolsa atados a su tobillo.

—A lo mejor —sugirió la enfermera—, podría irse a su casa y nosotros le avisamos cuando se despierte.

Los amigos y los niños se fueron, pero el marido dijo:

—No, prefiero quedarme.

Sin soltar la mano de su esposa, buscó una silla y se sentó en ella.

Terminó la hora de las visitas. El turno de la noche empezó formalmente cuando ya no quedaron más extraños.

—Le vamos a avisar —le prometieron al señor Winton—. Lo llamaremos apenas se despierte.

Insistieron para que se fuera.

—No —respondió él—, prefiero quedarme. Acaban de operar a Bernadine y me quiero quedar con ella.

La enfermera fue a hablar con la monja que estaba en el escritorio. La monja vino hacia él. Era alta, con un aire de autoridad, tenía una toca y mangas con vuelos.

—Por favor, ¿puede irse? —dijo ella—. Todo va a estar bien.

—No —dijo él—, prefiero quedarme.

Dejaron que se quedara. El personal de la noche empezó su turno. El señor Winton estaba sentado en el centro de la sala tomando una taza de té. Cuando terminó su informe, la monja del turno de día le volvió a hablar. Esta vez parecía menos compasiva y más consciente de la molestia que representaba el hombre.

—Está estorbando el trabajo fluido en la sala.

Pero ¿cómo es eso posible? La enfermedad no fluye. La enfermedad y la muerte son duras y retorcidas y sin duda no pueden volverse fluidas y sencillas con rutinas y cuidados.

Con firmeza, el señor Winton se mantuvo en su lugar.

—Debo quedarme. Es mi esposa.

—Pero solo tuvo una operación. Se va a despertar pronto. Le avisaremos apenas abra los ojos. No vamos a lastimarla. Mire, acá está el doctor. Él se lo va a explicar.

Ella habló brevemente a solas con el doctor. El médico se acercó sonriendo, le habló con una voz baja y tranquilizadora y le prometió con sinceridad que todo andaba bien, que todos los días se realizaban operaciones y que lo llamarían apenas la señora Winton se despertara.

—Quiero quedarme —dijo simplemente el señor Winton—. ¿Me entiende?

El doctor habló bruscamente.

—Le dije que le vamos a avisar.

No pudieron convencer al señor Winton de irse. Había dejado la cama de su esposa y estaba encorvado en la silla al lado de la estufa de la sala, con una mirada de concentración, escuchando, observando, esperando; como si supiera todos los acontecimientos y solo esperara que pasaran para confirmarlos. Diez minutos después, cuando una enfermera informó sobre irregularidades en la respiración de la señora Winton y un doctor que estaba atendiendo otro caso miró los biombos parcialmente corridos y gritó, Dios mío, una hemorragia, y una llamada trajo al cirujano y al residente a su cargo, y los biombos se cerraron por completo alrededor de la señora Winton, su esposo se metió entre los biombos.

Lo llevaron de nuevo a su silla y le dijeron que todo iba a estar bien. Al quedarse estaba interfiriendo con el tratamiento necesario. La monja sugirió que tal vez podría ir a comer algo a la cafetería del hospital y, cuando regresara, la Sra. Winton iba a estar lista para verlo.

Él se quedó. Sus ojos mostraban desconfianza. Sujetó con fuerza su taza de té vacía, se encogió en la silla y escuchó como un zorro los susurros urgentes y los ruidos a través del biombo. Casi se podía ver cómo su corazón saltaba y saltaba para rescatar su amada posesión. Aunque tenía la cara sombría y oscura y estaba en silencio, el paso de cada pensamiento dejaba tras de sí los indicios devastadores de su cicatriz.

Se convirtió en la figura central de la sala, en parte de la noche, de la penumbra, del tráfico y de las voces nocturnas en la calle. Cuando las luces se atenuaron y se repartieron los comprimidos

para el dolor y la monja y la enfermera tomaron sus lugares junto a la estufa eléctrica puesta al máximo, él se quedó inmóvil, como un poste, como un pilar aislado en un valle desierto, y su piel negra, en el delicado momento de conflicto y confusión entre piel y piel, negro y blanco, amarillo y marrón, negro y rosa, empezó a hablar por él en una sala donde todos los demás, excepto su esposa inconsciente, tenían la piel rosa. Era un cautivo y sus captores eran la civilización, la medicina avanzada y la cirugía, que pueden atacar y lastimar el cuerpo y luego, sorprendentemente, curarlo y cuidarlo. ¿No parecía esto más propio de dioses que de seres humanos?

Ahora había tres doctores atendiendo a Bernadine. Habían entrado, distantes, mejor vestidos, riendo, como las «tres jóvenes ratas con sombreros de fieltro negro» de la canción infantil, pero sus caras cambiaron cuando la vieron y dejaron de reírse. Hablaban bajo, con una entonación profesional, pero cuando los tonos se agudizaron y uno apareció desde detrás de los biombos para hacer una llamada y se escucharon pasos corriendo en el pasillo, supimos que la señora Winton había muerto y que intentarían reanimarla.

Se necesitaba espacio. Los biombos se extendieron hasta cubrir un tercio de la sala y aun así fuimos testigos de todo. En los cristales superiores de las ventanas vimos reflejadas con toda nitidez tres imágenes de tres pacientes, innumerables muertes y sueños de reanimación.

El señor Winton se paseaba por la sala y una vez más invadió los biombos y tal vez vislumbró o adivinó la crisis, permitió que lo sacaran de la sala, la primera vez que se había rendido. Porque lo sabía.

Ellos lo llamarían, se lo prometieron, en cuanto la señora Winton hubiera superado la crisis y retiraran el aparato. Ahora no hablaban con tanta confianza. No le aseguraron que todo estaría bien.

Y ahora la sala estaba casi dormida excepto por los que no podían evitar ver las imágenes en la ventana ni apartar la vista de ellas. Intenté cerrar los ojos. Escuché. Oí los fragmentarios y urgentes sonidos sincronizados de la vida y el trabajo, y de la respiración, y luego, poco a poco, otro sonido, un silencio pulcramente hecho a medida en el que la vida y el vivir no tienen lugar. Después, como

un mar entrando en la sala, el sonido del lavado, del agua golpeando contra el mundo, un sonido de paz y sueño. Y muerte.

Luego pasos y el señor Winton sollozando Bernadine, Bernadine.

Esta vez se quedó y nadie le pidió que se fuera. Se quedó junto a su esposa, reclamando por ella, mientras preparaban su cuerpo y cuando vinieron a llevárselo a donde sea que se lleva a los muertos, él fue con ellos y nadie se opuso ni intentó convencerlo de que no fuera.

Los tres doctores se lavaron las manos, ¿qué más podían hacer? La enfermera preparó té y les dio una taza a los que todavía estábamos despiertos y sabíamos, y el silencio puro no se quebró en toda la noche, y las voces eran bajas, hablaban de lo que pasó y de otras veces en las que ocurrió, y cuando despertamos por la mañana y en nuestra confusión tratamos de recordar, descubrimos que el visitante que tan desesperadamente pedía por Bernadine se había ido, se la había llevado, y que esa cama estaba vacía.

GAVIN HIGHLY

•

¿Pasó así? La tierra parecía de piedra, y una noche, durante la noche entera, llovió con fuerza sobre ella, igual que la gente que, como dicen, martillea con vigor una piedra para encontrar sangre. Y por la mañana, la tierra estaba partida en dos por la corriente profunda de un arroyo moteado de hierbas rojas: el arroyo de Gavin Highly.

Pero todo esto fue hace mucho tiempo. Por ese entonces yo no sabía que los corazones podían desplegarse como la tierra y rasgarse por las tormentas que caen del cielo, o que los sueños podían desecharse como Gavin Highly desechaba las cenizas de su fuego, o los caparazones de sus ostras, o sus latas y botellas viejas, o sus sobras de comida en lo profundo del líquido y oscuro corazón dividido, para ser sepultados allí. Yo no lo sabía y mi hermano tampoco. Nos importaban más las ciruelas: eran de un color amarillo y azul grisáceo y colgaban de los árboles sobre la cerca de Gavin Highly, y al principio del otoño el sol quemaba cada ciruela hasta que su piel tensa, amarilla y azul grisácea, cedía y se enrollaba como una persiana para dejar que el sol entrara aún más. Las ciruelas se partían, se ponían maduras y las comíamos, y si Gavin Highly nos descubría, todo lo que decía en un solo aliento era: «¡Vayansé de acá!». Creo que él entendía de ciruelas.

Vivía solo; parecía ser que siempre había vivido solo. Se decía que había estado viviendo por el centro en una madriguera de conejos,

que un conejo le cuidaba la casa y él invitaba a hurones, de los más amables, a tomar el té de la tarde. Pero, por supuesto, los realistas no creían este tipo de historias. Aun así, era cierto que nunca había vivido en una casa de verdad. En una carpa, sí, y en chozas también, y cuando era pequeño en una habitación con una cama de hierro, donde dormía apretado con sus hermanos y hermanas, pero nunca en una casa de verdad. Su vivienda actual era una choza con un agujero en el techo para satisfacer las necesidades del humo que quería escapar y con barriles de cerveza viejos, panzones, encorsetados con aros de hierro oxidados, puestos en puntos estratégicos alrededor de las paredes exteriores para actuar como desagües. Ni siquiera había un escalón en la puerta. Para entrar era como si escalaras una montaña, pero como yo nunca había entrado, solo podía imaginarlo. La gente decía que había libros por todos lados, en los estantes, bajo las sillas, sobre las sillas, que eran dos, y atados con hilo de embalar dentro de bolsas bajo la cama. Nunca nadie había visto realmente esos libros, pero los rumores decían que valían miles de libras y que, si alguna vez Gavin quería hacer realidad su sueño y vivir en una casa de verdad, con desagües y canaletas de verdad, canilla, cañerías bajo la bacha de la cocina y agua caliente, le bastaría con vender sus libros.

Se corría la voz de que la venta sucedería muy pronto porque el inspector de sanidad había declarado insalubre la choza de Gavin. Si no tenía dinero para comprar una casa debería ir a la cárcel o a un geriátrico, donde nunca comería ostras sino cordero hervido. Y la gente sabía cuánto le gustaban las ostras a Gavin Highly, de hecho, comía tantas que podría haberse vuelto una. Sin duda, hablaba con ellas. Pero, en realidad, él era de ese tipo de hombres que están en sintonía con muchas cosas, con casi todo excepto con la gente. Para él, parecía no haber forma de estar en sintonía con la gente como con los pájaros, esos estorninos desaliñados, con sus plumas color verde brillante desgastadas por los vuelos; o con las ranas, frías y sin manos, que a principios del otoño hacían que el arroyo sonara siniestro con su croar, con las gargantas infladas, de un pálido amarillo crema, flotando sobre la superficie; o con los árboles, sauces que

sabían cada vez que sus extremidades fallaban y que vivían cerca del arroyo para soltar sus partes secas y dejarlas enterradas ahí.

¿Era por eso que Gavin Highly también vivía tan cerca del arroyo? Tic, plaf, caían las cenizas de su fogata cada mañana; zas, bang, volaban como proyectiles las latas de cerdo con porotos. Hasta que el inspector de sanidad le hizo una visita. Era un hombre delgado, como una sombra, de ese tipo de hombres que se deslizan bajo las puertas y a través de las cerraduras, porque si no, ¿cómo podría haber sabido que nuestra perra, Lassie, dormía en nuestra habitación?

—Recibimos quejas —le dijo a nuestra madre en una visita—, hay perros entrando y saliendo de las ventanas. Tienen una... perra, tengo entendido.

Sí, el inspector de sanidad era un hombre astuto, y sentí pena por el viejo Gavin Highly cuando escuché a mis padres hablando de él.

—Dicen que el lugar es un desastre. Lleno de libros y de caparazones de ostras —le dijo una señora a mi madre—. Esta señora venía a tomar el té y a tejer fundas de teteras y de botellas de agua caliente para bazares, mientras mi madre la miraba y deseaba poder tejer y hacer crochet; pero a mí no me gustaba la señora que tejía. Pensándolo bien, yo tampoco estaba en sintonía con la gente y por eso sentí compasión por el pobre Gavin Highly, que tendría que vender todos sus preciados libros o, de lo contrario, terminaría en la cárcel con un tazón de pan y agua. Pero enseguida lo saqué de mi cabeza, al menos por un rato. Mi hermano tenía un nuevo trineo con un velocímetro patentado que marcaba, fuera cierto o no, 145 kilómetros por hora.

•

Era una mañana de otoño y las pequeñas bellotas pulidas golpeaban con fuerza el techo del cobertizo, y era la hora del desayuno: mi padre comía avena, mi madre cosía un parche en el pantalón de trabajo de papá, mi hermano ponía la leña en el almacén de carbón y yo

seguía en mi lugar, ya había terminado la avena pero todavía comía el pan con melaza cuando, de repente, mi padre paró de comer.

—Hoy es el día —dijo.

Un comentario tonto y obvio. Por supuesto que hoy era el día. Para mí, el día de los molinetes de sicómoro. Las semillas de sicómoro eran frágiles y delgadas como las alas de una mosca, pero podían zumbar, y hoy era el día de los zumbidos. Pero sabía que mi padre no estaba hablando de eso.

Tomé otro pedazo de pan con melaza.

—Parecés un barril sin fondo —dijo mi padre, distraído, pero en mi curiosidad por saber por qué hoy era el día, no sentí ningún orgullo especial por esta maravilla anatómica que él me atribuía con bastante frecuencia.

—Escuché que Gavin Highly va a vender sus libros hoy. Está haciendo bastante alboroto anunciándolo y todo eso. Una camioneta va a pasar a buscarlos para llevarlos al salón de subastas, y esta mañana va a venir un experto a ver la colección y a ponerle un precio. Seguramente medio pueblo va a estar ahí.

¿Cómo pude haberme olvidado de ese día? Era una mañana ventosa y despejada, volaban cardos a lo largo de las cimas de las nubes y subían y bajaban alondras una y otra vez en la brillante elevación del cielo.

Pobre Gavin Highly. No vi nada de lo que pasó, pero sé, les aseguro, sé que pasó de esta manera.

•

Hacia el mediodía, Gavin Highly comenzó a preparar varias cajas en la puerta de su casa, la única puerta. Las cajas tenían etiquetas que decían «Jabón en polvo», «Porotos enlatados» o «Jugo de naranja». Llegado el momento, todas contendrían libros que valdrían millones, según decían, y el viejo Highly sería alguien, sería más rico que cualquiera en la ciudad. Se sentó encorvado como un perro guardián encima de las cajas mientras esperaba que los hombres

vinieran a ver los libros, los expertos que vivían en casas limpias con escalones en las puertas y desagües, cañerías y canillas, agua caliente y agua fría y baños; los expertos con sus billeteras plegadas llenas hasta las costuras con billetes. Y pronto llegaron los expertos o, mejor dicho, un experto. Era un hombre grande, más o menos de la edad de Gavin. Era medio calvo y parecía un hurón amable, con su nariz larga guiando el camino hasta donde Gavin estaba sentado como una piedra de montaña sobre las cajas.

—¿Gavin Highly? —preguntó el visitante. Gavin lo miró con respeto.

—Ese soy yo, señor —dijo—. Veo que le llegó mi aviso. Lo' libro' están acá. Son toda mi vida, son muy valiosos, pero los tengo que vender.

Gavin lo guio a través de la puerta hasta su habitación. Había extendido los libros sobre la cama y el sillón. No estaban sus miles de libros, solo unos cincuenta volúmenes viejos, algunos rasgados, otros deshilachados y mordisqueados por ratas o ratones, algunos sin tapa.

—Algunas veces le dije a la gente que los tenía, pero son mi vida privada —siguió Gavin—. Nunca los mostré. La gente no viene acá. ¿Cuánto valen?

El experto frunció el ceño y exclamó:

—Si para usted son toda su vida, ¿cómo espera que determine su verdadero valor? —Hablabla con propiedad y usaba palabras complicadas porque era un experto.

Gavin no contestó, sino que tomó un libro.

—Este acá es un libro de historia. No tengo mucha educación, pero sé que es valioso y lo leo todas las noches —dijo.

El experto se inclinó hacia delante y tomó el libro. ¿El título? ¿La edición? ¿La editorial? Abrió el libro y leyó: «Historia infantil para las escuelas. La historia de nuestra nación». Había palabras escritas con letras infantiles en la página de cortesía, el nombre de alguien, Cuarto Grado, y una breve rima:

Cuarto Grado ya he terminado
si este libro se llegara a extraviar a MI casa lo debes enviar

El nombre estaba otra vez escrito debajo con tinta roja.

El experto dio vuelta las páginas. Había una imagen del capitán Cook adornado con cabello rojo, con una permanente y anteojos.

—Supongo que las marcas se pueden borrar —dijo Gavin—. Todos lo' libro' viejos tienen algún tipo de marca ¿no? Como sellos. Pero este habla de cuando crecía pasto en las calles de Londres, y del Gran Incendio, y de la plaga y la gente que iba de puerta en puerta gritando: ¡Saquen a sus muertos! ¡Y pensar que tengo un libro sobre eso! Y tengo otros así, de poesía, y sobre la marea alta en la costa de Lincolnshire. Esto es a lo que yo llamo mi tesoro y, si hay algo que pueda comprarme una casa decente donde pasar mi vejez son estos libros. ¿Cuánto valen?

Por un momento, el experto pareció bastante incrédulo. Seguro que el viejo Highly no estaba hablando en serio. Libros de historia para niños, revistas viejas y sucias. «Valen millones», había dicho Highly en la nota que hizo que el subastador escribiera.

Gavin esperó que el experto respondiera y agregó:

—Son valiosos, ¿no e' así? Son historia.

—Sí, son valiosos —respondió el experto.

Gavin suspiró con alivio. Desagües y canaletas de verdad. Escalones en la puerta. Canillas de agua fría y caliente y un fuego cálido sin humo.

—Supuse que eran valiosos —murmuró Gavin con aire despreocupado—. Pero nadie los vio nunca. ¿Más o menos cuánto valen?

El experto lo meditó.

—Unas pocas libras —dijo.

Gavin se veía sorprendido.

—Pero debe haber algún error... Son valiosos.

—En dinero valen unas pocas libras, tal vez ni siquiera eso.

Gavin abrió el libro de historia donde estaba la fotografía de Londres.

—Mire. Pasto en las calles de Londres, en el suelo de las casas de la gente pobre y en las grietas de las paredes, y cuando usted sale a la calle camina por el pasto, como si saldría a su jardín, si es que tiene un jardín. —Volvió a hojear las páginas—. Y mire, el Fuego en los Helechos, somo' nosotros', y la tierra que se saca del mar y el bosque que se llevaron... Es historia —suplicó.

El experto le dio un vistazo a su reloj. Se refugiaba en la formalidad.

—En realidad no tengo mucho tiempo, señor Highly. Sus libros son muy valiosos, se lo dije, y cuestan unas pocas libras, no más. El valor está dentro de usted y me temo que no puede llevarlos en una camioneta a una sala de subastas y pedir que pujen por ellos. El amor no puede subastarse, nunca. Pero debo irme.

—Entiendo —respondió Gavin con humildad—. Yo los fui coleccionando, los encontré en contenedores de basura y en tiendas de segunda mano. Pensaba que eran poco comunes y de mucho valor. Disculpeme, señor —dijo calmado y con dignidad—. Pero ¿se quedaría a tomar el té conmigo? Nunca tengo gente a la hora de tomar el té, pero me gusta cómo habla usted.

Entonces el experto se sentó en una de las dos sillas a tomar una taza de un espeso té negro. Se sentó ahí sosteniendo la taza percutida en sus manos pequeñas y arrugadas, y se parecía al hurón amable que iba a tomar el té con Gavin Highly en la casa que era una madriguera de conejo. Allá en el centro.

Después del té, le estrechó la mano a Gavin y lo dejó sentado en paz en la orilla del arroyo.

•

Para la tarde, todo el pueblo sabía acerca de Gavin Highly. De alguna manera lo sabían.

—¿Adónde va a ir sin dinero y sin casa? —se preguntaban. No le iba a alcanzar con el seguro social. Y sus libros que resultaron no valer nada... Parecía que al hombre le habían dado un golpe mortal.

—Se va a volver loco —decía mi padre—. Un hombre no puede soportar que toda una vida de sueños se le desmorone de esa manera. Se va a volver loco y se va a pegar un tiro. O se va a tirar del muelle.

Mi hermano y yo escuchábamos temblando de miedo.

•

Ay, Gavin Highly y las ciruelas machucadas y picoteadas por los pájaros, con carozos que podían predecir el mañana, y las moras, que colgaban con una sed dorada sobre los árboles, lustradas por el sol del otoño tardío. Los árboles de Gavin Highly y el arroyo de Gavin Highly. Imagínense si se moría o se tiraba del muelle. Teníamos que ayudarlo, rescatarlo. Entonces mi hermano y yo, justo antes del atardecer, envolvimos un poco de pan y melaza en papel de diario y fuimos a la cabaña de Gavin Highly.

Mi hermano hizo rápido los cálculos:

—Todas estas rebanadas le tendrían que durar bastante tiempo.

—Tenemos que ayudarlo a escapar — propuse—. El inspector se lo va a querer llevar y ya viste cómo se llevó a Lassie a la fábrica de gas... ¿Y si por no tener una casa decente llevan a Gavin Highly a la fábrica de gas en vez de a la cárcel?

Llegamos a la cerca que estaba al lado del arroyo y nos asomamos. Teníamos miedo. La melaza se pegaba al periódico y la impresión se ponía borrosa con el marrón que se filtraba. Gavin Highly estaba sentado en la orilla del arroyo. Llevaba puesta una remera vieja color caqui abierta en el cuello y al lado tenía una bolsa de ostras y en la mano, un cuchillo para ostras. Ponía las ostras en la orilla y, podíamos verlo claramente a través de la cerca, cuando abrían la boca se abalanzaba sobre ellas con el cuchillo. Les hablaba, decía algo así:

—Ajá, te agarré. ¡Cada vez que abris la boca para respirar o para hablar, te meto el cuchillo en la garganta y te mato! ¡Ajá, te tengo! ¡No abrás la boca para hablar nunca más! ¡Te agarré!

Mi hermano y yo temblábamos. Era cierto. Gavin Highly estaba en sintonía con las ostras. ¿Cómo si no podría conseguir las en esta época del año? Estaban en sintonía y les hablaba. Después se dio vuelta para mirar el sauce. Dijo algo como esto (el tiempo cambió las palabras en mi mente, pero el sentido sigue siendo el mismo):

—Sauce, cuando se te mueren las ramas, no te las llevás con vos para debilitarte, sabés que están muertas. Se caen en este arroyo y ahí las enterrás. Esta tarde vine y enterré cincuenta libros abajo del

agua. La maleza es roja como la sangre y el arroyo es una herida que sangra para siempre.

Nos alejamos temblando. Tiré los sándwiches sobre el arbusto para que los comieran los pájaros, si es que les interesaban. No hablamos en todo el camino a casa. Nos fuimos a la cama y dormimos profundo como troncos de sauce.

A la mañana siguiente, Gavin Highly se había ido. No, no estaba muerto; nada más se había ido y nadie sabía adónde. A lo mejor se fue al centro. Tal vez hoy esté ahí y viva en una madriguera de conejos, con uno que cuide su casa por él y un hurón, uno amable, que vaya a tomar el té de la tarde.

SOBRE LA AUTORA Y LAS TRADUCTORAS

•



FOTOGRAFÍA:
JANET FRAME LITERARY TRUST

JANET FRAME nació en 1924 en Dunedin, Nueva Zelanda. Pertenecía a una familia de clase trabajadora. Su talento para la literatura fue reconocido a una edad temprana, pero la escritura, especialmente para una mujer, no se consideraba un trabajo real.

Entre 1945 y 1955 pasó un total de cuatro años y medio en varios hospitales psiquiátricos después de que erróneamente le diagnosticaran esquizofrenia. Entre internación e internación se ganaba la vida haciendo trabajos domésticos y escribía en su tiempo libre. Publicó once novelas, cinco colecciones de cuentos, un volumen de poesía y un libro para niños. A lo largo de su carrera recibió numerosos honores en su país y en el extranjero. Fue la única autora neozelandesa que ganó los premios literarios anuales por los cuatro tipos de escritura: cuento, novela, poesía y no ficción. Fue nombrada Comandante de la Orden del Imperio Británico en 1983 por sus aportes a la literatura. Recibió un doctorado honoris causa en Literatura por la Universidad de Otago en 1978 y otro por la Universidad de Waikato en 1992. En 1990 fue distinguida con el mayor honor civil de Nueva Zelanda: la Orden de Nueva Zelanda. Con la vista puesta en su carrera póstuma, fundó el Janet Frame Literary Trust en 1999. Murió de leucemia en Dunedin en 2004.



MARÍA FLORENCIA CARBONE ZÁRATE
es profesora en inglés y traductora literaria y técnico–científica de inglés. Es egresada del instituto Olga Cossettini de Rosario, Santa Fe. En el concurso «Maestros del Lenguaje: Borges» ganó el primer premio por la traducción de «Dos poemas en inglés» del autor. Recibió su Título de Licenciada en Lengua y Literatura Inglesas algunos años después. Se desempeña como docente en las cátedras

Práctica de la Traducción Literaria, Lengua Inglesa y Gramática Inglesa en el instituto Olga Cossettini.



PAOLA D'ANGELO
es profesora en letras por la Universidad Nacional del Litoral y traductora literaria y técnico–científica en inglés por el Instituto Almirante Guillermo Brown de Santa Fe. Se encuentra a cargo de las cátedras de Lengua Española y Traducción Literaria en los institutos Almirante Guillermo Brown y Estela Guinle de Cervera.

ÍNDICE

- 4 Casi un milagro. SUSANA IBÁÑEZ
-
- 7 **Sé que pasó de esta manera**
Cinco cuentos póstumos. JANET FRAME
- 8 Entre mi padre y el Rey
- 11 El ciruelo y la hamaca
- 22 El custodio de la llama
- 28 La visita nocturna
- 34 Gavin Highly
- 43 Sobre la autora y las traductoras

COLECCIÓN **TATAKUÁ**

dirigida por Susana Ibáñez y Julia Sabena

Palabras que arden con el poder transformador de la traducción.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).

Programa de Lectura Ediciones UNL



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Frame, Janet

Sé que pasó de esta manera : cinco cuentos póstumos / Janet Frame ; Coordinación general de María Florencia Carbone Zárate ; Paola D'Angelo ; Editado por Susana Ibáñez. - 1a ed. - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2025.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera. Tatakúá)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-445-0

1. Literatura Contemporánea. 2. Cuentos. 3. Traducción. I. Carbone Zárate, María Florencia, coord. II. D'Angelo, Paola, coord. III. Ibáñez, Susana, ed. IV. Título. CDD 800

© Herederos de Janet Frame, 2025.

© de la traducción: María Florencia Carbone Zárate, Paola D'Angelo, 2025.

© de la edición: Susana Ibáñez, 2025.

© de la editorial: Vera cartonera, 2025.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional